



Capítulo 273

El Verdadero Negocio

De repente, la mente de Abaddon volvió a la realidad como si no hubiera pasado el tiempo desde que se había ido.

Su hija seguía exigiendo con insistencia más muffins, y sus esposas seguían riéndose de su linda expresión.

—¿Qué fue eso...? ¿Qué quiso decir con que iba a...?

"Puedo entender su reacción, estos muffins son bastante deliciosos".

El aire parecía haber sido succionado de la habitación cuando una voz desconocida habló.

Detrás del sofá, de pie estaba un hombre desconocido que vestía una túnica blanca y cuya piel parecía mármol cincelado.

Su rostro era andrógino y hermoso, y sería difícil decir que era un hombre si no fuera por su túnica que dejaba al descubierto su pecho.

El hombre era aparentemente el epítome de la gracia, ya que incluso mientras comía un panecillo mantenía un aura regia.

No podían ver sus ojos porque permanecían cerrados, pero de alguna manera tenían la sensación de que podía ver a través de toda su existencia.

Hubo una ráfaga de viento y Seras, Audrina, Abaddon y Bekka apuntaron con sus armas al cuello del hombre.

Su largo cabello negro voló hacia su boca, y su rostro finalmente se arrugó en una expresión avergonzada.

—Ah, eso no tiene nada de gracia, ¿verdad? Me encanta mi pelo, pero puede ser un fastidio...

"¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?", preguntó Abaddon amenazadoramente.

—Padre, madres, dejen las armas —advirtió seriamente Gabbrielle.

Bekka: "¿Qué? Querida mía, ¿conoces a este hombre?"

-No... pero sé que no debería estar aquí. Es un auténtico arcángel.



El corazón de Abaddon se hundió hasta el fondo de sus pies.

Los verdaderos arcángeles del cielo son el equivalente a seres de nivel dios en términos de poder.

Este mundo tenía entidades poderosas, pero estaban lejos de ser dioses.

Quienquiera que fuese este hombre... podría matarlos a todos sin derramar una sola gota de sudor.

Incluso si Abaddon pusiera a dormir a todos sus subordinados en ambos continentes y absorbiera su fuerza, aún así no podría herir gravemente a este hombre.

A pesar de ser un ángel, era un monstruo en casi todos los sentidos de la palabra.

El hombre se arrancó el pelo de la boca justo cuando finalmente terminó su panecillo.

"Por favor, no hay necesidad de violencia. Especialmente no delante de los niños".

—¡A Mira le encanta la violencia! —La joven sacó sus dagas y la habitación se volvió visiblemente más fría en el interior.

"Preocupante... aunque un poco lindo también", murmuró el hombre.

Estaba completamente confundido sobre qué emoción debería sentir más cuando miraba a la joven.

—No le respondiste a mi marido —gruñó Bekka—. ¿Quién eres tú?

De repente, el hombre angelical desapareció y reapareció en una silla al otro lado de la habitación, con dos muffins más en cada una de sus manos.

Estaba mirando distraídamente, por la ventana, el partido que se desarrollaba abajo y sonreía con cariño, como si estuviera recordando un viejo recuerdo.

"Siempre había considerado que este juego era bárbaro y nunca entendí por qué los terrícolas lo adoraban tanto. Pero verlo de nuevo me llena de nostalgia".

Finalmente volvió a mirar a un aturdido Abaddon y sonrió como si finalmente estuviera juntando las piezas de un rompecabezas.



"Me preguntaba qué podría ser tan especial en ti, y ahora creo que tengo una idea. Soy Samyaza".

Al principio, ese nombre le resultó desconocido a Abaddon, pero luego recordó una ocasión en que Malenia lo había murmurado en una conversación cuando se conocieron.

"Tú eres el gobernante de los humanos..."

—Claro, supongo que ese podría ser mi título —dijo casualmente.

"¿Por qué estás aquí? Es de mala educación entrar en el dominio de otro gobernante sin invitación ni obsequio. ¿O ya has venido a declarar la guerra?"

—No, no, no es necesaria ninguna guerra. Tendrás que perdonarme por esto, porque sé que no es muy cortés. Sólo estoy aquí para cumplir un deseo en nombre de mis hijos, y nada más.

Abajo en el campo, el mariscal de campo recibió un brutal golpe que hizo que el rostro del ángel se estremeciera. 'Bárbaro... tan bárbaro'.

—Tus hijos... ¿Supongo que te refieres a esos cuatro campeones tuyos?

"Correcto otra vez, eres bastante inteligente."

Samyaza terminó sus dos muffins, aparentemente ajeno a las miradas de disgusto que recibía de todos los presentes.

"No importa cuánto les dije que no se preocuparan por eso, estaban bastante molestos por ese desafortunado encuentro que tuvieron con ellos la última vez, así que vine aquí para darles un pequeño susto en su nombre".

Cuanto más tiempo observaba Abaddon a este intruso, más se daba cuenta de que no sentía ninguna intención hostil por parte de él.

Fue realmente como si hubiera venido allí simplemente a hacer un recado y a hacer turismo.

En cuanto a qué era el susto del que estaba hablando... ya lo estaba haciendo.

Con solo aparecer de la nada puso nerviosos a Abaddon y a sus esposas, y les dio un susto que no olvidarían en mucho tiempo.

"¿Cual es tu objetivo?"



De repente, Samyaza desvió su atención del juego que se desarrollaba abajo y la dirigió hacia el curioso Abaddon.

"¿Mi objetivo...? ¿Qué te hace pensar que tengo uno?"

"Con tu nivel de poder podrías estar en la cima de este mundo, incluso podrías ser capaz de darle competencia al rey dragón.

No hay forma de que no pudieras haber terminado la guerra entre demonios y humanos hace siglos, pero aún estamos atrapados en un punto muerto innecesario. ¿Por qué?" Samyaza parecía no esperar que le hicieran semejante pregunta, pero era natural teniendo en cuenta el alcance de sus habilidades.

"Por qué... supongo que la respuesta es que los humanos no son seres que merezcan estar en la cima de este mundo... ese honor pertenece a otros, así que hasta que ese día llegue, los humanos necesitarán algo que hacer".

La respuesta de Samyaza fue seguida por miradas en blanco de todos los Tathamets.

Parece reconocer que sus palabras podrían ser consideradas confusas, para cualquiera que las escuchara, y ofreció una explicación más concisa.

"Yo solía ser como mis hermanos y hermanas... Creía que la humanidad, aunque defectuosa, era mucho más que lo que había debajo de la superficie y, como tal, no me uní a la rebelión.

Pero... cuanto más pasaba el tiempo, más comenzaba a arrepentirme de mi decisión... eran todo lo que el mentiroso dijo que eran y peor...

Pero reconocí que el camino que estaba recorriendo era oscuro y traté de corregir mi peligroso pensamiento, creyendo que tal vez simplemente estaba viendo las cosas de manera equivocada".

De repente, Samyaza se llevó las manos al corazón y sonrió cálidamente, como si estuviera recordando a alguien querido para él.

"Viajé al mundo humano y busqué un rayo de esperanza entre las confusas masas del pecado.

Y por su gracia, lo encontré... Conocí a una mujer que era la completa contradicción de todo lo que creía que eran los humanos y ella finalmente dio a luz el fruto de nuestro amor.



Desafortunadamente, ella murió poco después... pero no pude sentirme triste cuando dejó a nuestro hermoso hijo como recuerdo... mi hijo no era ni un humano ni un ángel, sino una unión perfecta de los dos.

"Él era un nefilim, el más grande de cualquier raza viviente".

Tanto Gabbrielle como su padre comenzaron a sentir que habían escuchado algunas partes de esta historia, o quizás alguna otra variación de ella.

"Cada vez más hermanos míos se aventuraron a venir a la Tierra, cuando notaron mi ausencia, y pronto ellos también encontraron sus propios compañeras y creamos una tierra parecida al paraíso..."

El arcángel habló en un tono susurrante y apasionado, como si aún viviera en un sueño.

De repente apretó los puños como si estuviera reviviendo un recuerdo doloroso y las lágrimas cayeron silenciosamente de sus ojos cerrados.

"Pero cuando papá se enteró de las decisiones alimentarias de nuestros hijos... se enfureció".

Los nefilim originales eran enormes gigantes devoradores de hombres, que se decía que causaban terremotos u otras catástrofes cuando se enojaban.

El creador estaba tan disgustado con su existencia que, por primera vez en toda la historia viviente, intervino personalmente para limpiar a las criaturas de la faz de la tierra.

Al enviar un gran diluvio, todos los nefilim vivos fueron borrados y la tierra prácticamente fue reiniciada.

—Todos ustedes deberían haber sido castigados... —murmuró Gabbrielle—. ¿Cómo pudieron terminar aquí?

Samyaza miró con curiosidad a la niña sentada en el sofá, que era claramente demasiado inteligente para su edad. "Si sabes algo así... no deberías estar aquí tampoco, ¿verdad?"

Todas las madres de Gabbrielle dieron un paso adelante para proteger a su hija menor, ganándose una sonrisa no amenazante del arcángel intruso.



-No tienes por qué preocuparte, no tengo intención de hacerle daño. Como ya he dicho, me encantan los niños, pero me temo que no puedo responder a la pregunta de la pequeña, ya que ya estoy respondiendo a la de su padre.

De repente, Samyaza se acercó a Abaddon, aparentemente indefenso y sin importarle la monumental diferencia de altura.

"Me preguntaste cuál era mi objetivo y te di una historia muy larga como respuesta. Pero un hombre inteligente como tú debería ser capaz de llegar a la conclusión adecuada, ¿no?"

"...Quieres resucitar a los nefilim en este mundo y hacer que ocupen el lugar que les corresponde por encima de todo".

—¡En efecto! —dijo Samyaza con alegría—. ¿Lo ves? Sabía que lo conseguirías.

—Pero ¿por qué? —preguntó Audrina—. Si sabes que esas cosas se alimentan de humanos, ¿por qué querrías que las trajeran de vuelta?

"Porque algunos humanos son justos y puros... pero todos los nefilim lo son. Cuando se trata de decidir cuál de los dos tiene derecho a seguir existiendo, siento que la elección es fácil de hacer".

Poco a poco, Abaddon fue capaz de reconstruir el pensamiento de Samyaza y se dio cuenta de que de alguna manera había descubierto la respuesta a una pregunta previamente desconocida.

"Así fue como sucedió... ¡no estabas tratando de crear nuevos ángeles, estabas tratando de criar una nueva raza de nefilim!"

—Desafortunadamente, sí —dijo Samyaza con un suspiro—. De todos modos, los amo, pero en verdad son unos fracasos...

"Umm, discúlpeme..." dijo Lisa mientras levantaba la mano y ponía cara de confusión.

"Recuerdo haber visto bastantes arcángeles masculinos también..."

"¿Hm? Ah, cierto."

El cuerpo de Samaya de repente se encogió unos centímetros de altura y le crecieron un par de pechos bastante grandes y labios más carnosos.



"Después de fracasar tantas veces con las mujeres de este mundo, me pregunté si tal vez ellas eran el problema y sería mejor si intentaba tener mi propio hijo. Por desgracia, esto también fue infructuoso..."

Por alguna razón, Abaddon recordó a dos personas muy importantes en ese momento.

Su ángel caído Malenia, que se había convertido en una especie de tía para su familia, y su padre, a quien amaba mucho a pesar de no haber tenido una relación muy larga.

La piel de su cuerpo comenzó a adquirir una textura más áspera, como magma enfriado, con grietas de lava blanca fluyendo a lo largo de su pecho tatuado.

—Mi Malenia... mi padre... ¿también pusiste tus manos sobre ellos...?
—preguntó peligrosamente.

Para entonces, todo el estadio podía sentir la terrible presión que emanaba de él en oleadas, y tanto los jugadores como el público habían quedado paralizados.

Pero a Samyaza no parecía molestarle en lo más mínimo la ira de Abaddon.

Regresó a su forma masculina para que hubiera menos diferencia de altura y sonrió de esa misma manera no amenazante por la que era famoso.

"¿Y qué si lo hice?"